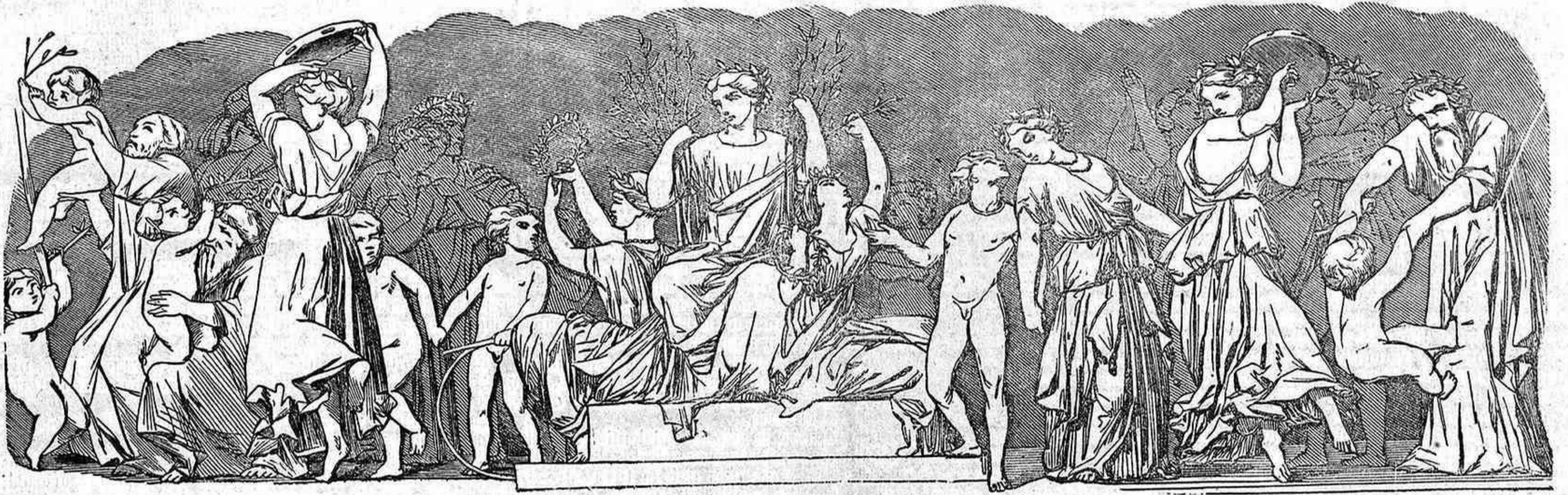


# LA ILUSTRACION, SUPLEMENTO.



## AGONIAS DE LA CORTE.

(Continuacion.)

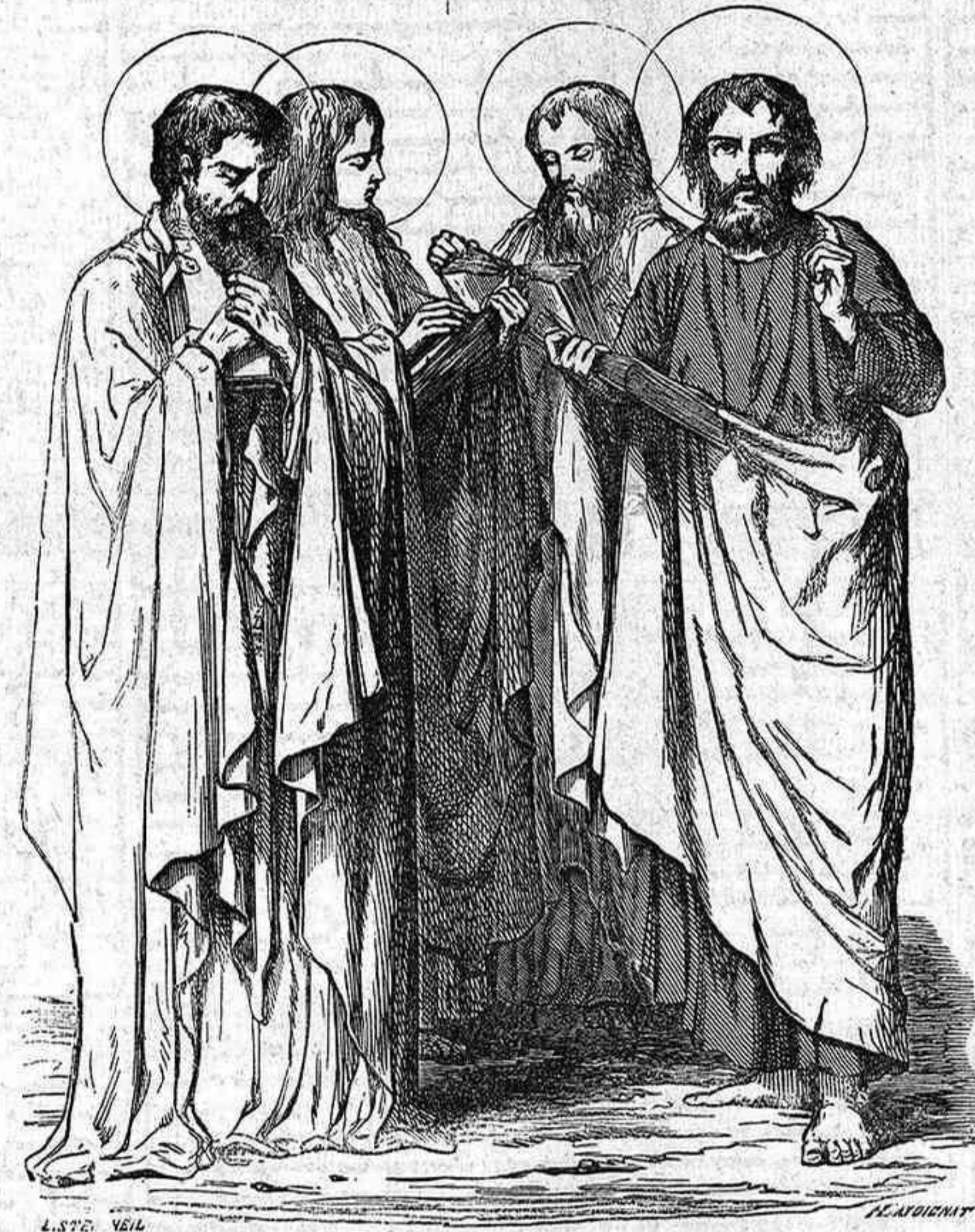
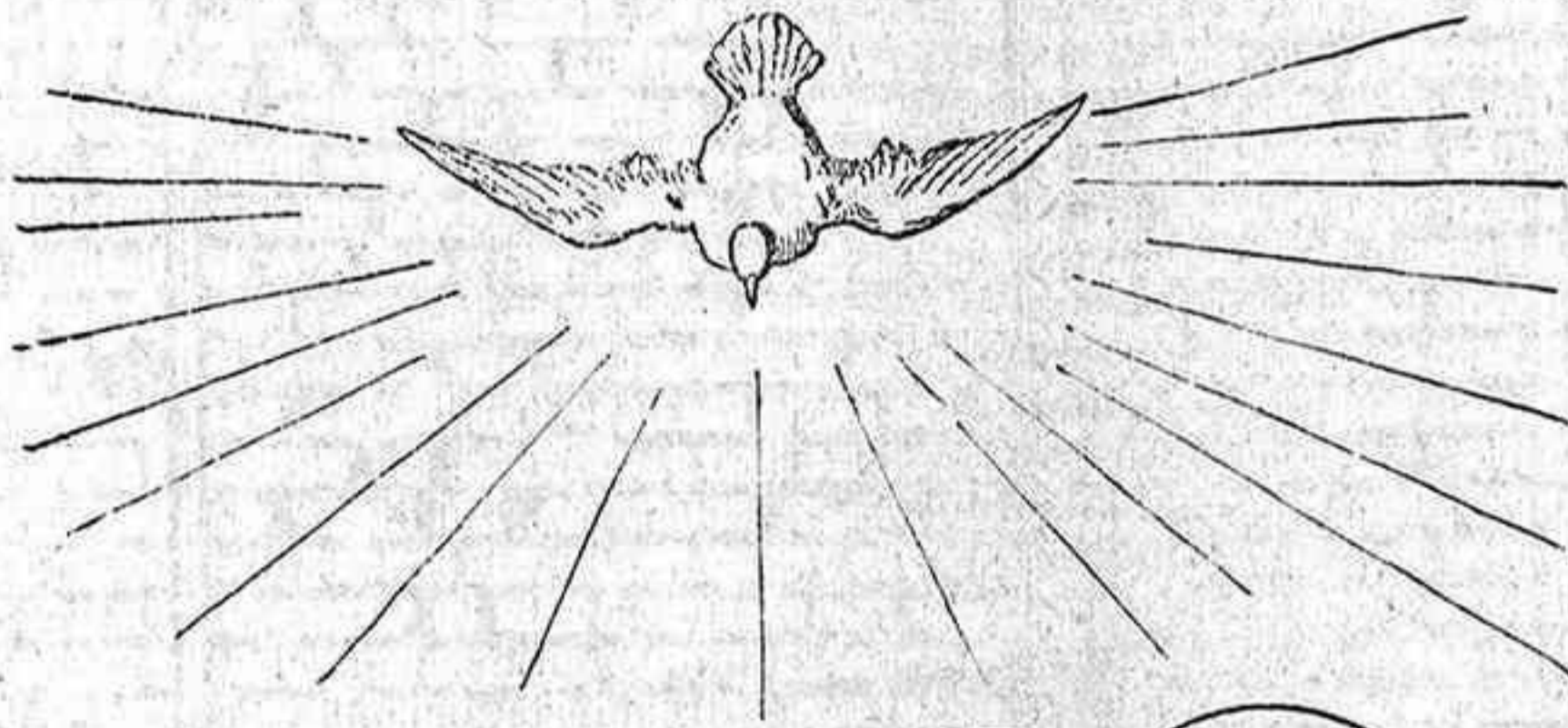
¿Con qué esperanzas venia yo á la corte? Con ningunas. ¿Con qué recursos contaba para vivir en ella mejor que en otra parte? Con muchos; con todos los recursos de la paciencia y con todos los tesoros del sufrimiento con que cuenta el que ha vivido, vive, y sabe que vivirá mal en todas partes, y en todas partes entregado á lo que buenamente pueda sucederle.

Lucía vino muy alegre, cosa muy natural, en razon de que cuanta mas gente la viera, mejor para ella, porque era muy hermosa. El placer de enseñarse es sentido y apetecido por todas las cosas bellas de este mundo, y el pavo, que es un animal bastante estúpido, y que allá á su modo debe ser muy bello, y estar muy en ello, no bien se ve delante de gente, cuando se hincha de placer, y goza él solo, mucho mas que todos los que le miran, en hacer la rueda. Yo tambien vine alegre, porque Lucía lo estaba, y no me metía yo en mas averiguaciones. Para ponernos alegres con alegrías ajenas, no hay como no buscarlas el origen, que puede ser tristeza pura para quien le busca, y mas pura, cuanto mas le interese la persona que se rie. Mi padre no venia muy alegre, porque era un hombre muy medido en sí, y luego habia vendido una casaca de uniforme y siete cruces, cuando procuramos hacer todo el dinero posible para salir de nuestra ciudad.

El hombre mas limpio que yo he conocido, era mi padre: tenia su capricho en unas cuantas prendas que conservaba casi nuevas en su baul. Toda la ropa de su uso era mas vieja que él, y en toda ella no habia mas que una mancha debajo de un boton de una levita de uniforme. No se veia la tal mancha, cosa muy natural, en razon de que estaba cubierta con el boton; pero mas espíritu de vino le tiene costado á mi pobre padre, que el que me seria necesario para limpiar toda la porquería de todos los hombres que se han ensuciado en esta época, con los cuales no gastaria yo ninguno, porque valen menos que la levita de mi padre.

Así que yo corrija un folleto de política, que me ha salido muy mal escrito, veremos quién yo soy; pero esto no viene bien aquí, y al folleto me remito.

Yo toco un poco de violin, y mi padre conocia á algunos generales. Como para el cultivo de las bellas artes no hay como una corte, y lo mismo para el cultivo de buenas relaciones, yo, con las ilusiones de artista, y mi padre con las suyas de alcanzar algo; yo mediante una justa y esperada retribucion de mi trabajo sobre las cuerdas, y él mediante una justa y esperada memoria de los que le habian visto en otro estado, uno y otro, si bien se mira, teniamos al venir á Madrid algun objeto que podia hacer las veces de esperanza, cosa muy natural, en razon de que cualquiera cosa sirve para servir de esperanza. A los cuatro dias de nuestra llegada ya viviamos en nuestra casa;—yo no sé á punto fijo, sino que estaba tan alta y tenia tan pocos cuartos que habitar, que debia ser bastante mala; pero era mejor que esta en que



ahora vivo, porque como ahora estoy yo solo y no compongo familia, no necesito tantas comodidades. Yo arreglé mi violin, Lucía se hizo un vestido nuevo de un color tal, que hubiera

escandalizado en una provincia. Pero que en la corte no pasaba de ser un medio color. A mí me gustó mucho, y al pagar los reales vellon de su importe, dije lleno de alegría: ¡anda con Dios, que bien los vale! Mi padre por su parte empezó á dejarse el bigote, que entrecano y caido, despues que le creció, daba á su cara el último chafarrinazo que podia pedir una fisonomía militar. Por una casualidad tuve yo la fortuna de ver á todos los generales que mi padre vió, y en todos ellos hallé simples particulares, que ni aun con su grado y todo podian ser graduados de otra cosa. Cuando yo iba á comunicarle esta idea á mi padre, me espresó él el mismo pensamiento con otras palabras, y los dos nos hallamos de acuerdo en este punto, y él renunció á todas sus esperanzas, visto lo poco que valian sus conocimientos, y trató de olvidar su antigua vida, y poco á poco la olvidó tan bien

y se entregó á una tan nueva que nunca lo hubiera yo creído. No lejos de nuestra casa habia un café, cuya poco numerosa parroquia apenas le abandonaba todo el dia. Dos militares viejos, y mas que viejos avejentados por la mala vida, cada uno con su correspondiente baston de espinos, pintado de amarillo, el uno con levita y tricornio, malas prendas las dos y con mas lustre de grasa que de cepillo, y el otro con casaca y morrion, estrecha y lamida de faldas la casaca, y ancha y campanuda la imperial del morrion, el uno con botines de paño y el otro sin ellos, y los dos con los piés metidos en unos zapatos, fuertes como de tabla por las palas, y gordos como un tocino por las suelas, bien cosidos, y sin puntas, porque encerraban la del pié en redondo, amigos íntimos los dos, los dos militares, eran los que á las doce de la mañana en todos tiempos se sentaban los primeros, cada uno á un lado de una de las cinco mesas que habia en el café, que era mas chico que la tabla de muestra que tenia encima de la puerta. Esto de estos dos militares no lo he escrito yo, que lo he copiado de una sátira de un dentista, que era tambien parroquiano del café, y se divertia algunas veces en hacer burla de todos los que se reunian en aquella mesa, cerca del mostrador, debajo de un reloj de música muy viejo, al lado de la trampa de la cueva. Este dentista, que tendria unos sesenta años, y muy poco que hacer en su oficio, era tambien del corro, que además de él y los dos militares, se componia de un relojero, cuya tienda estaba al lado, dirigida por un hijo suyo, y de un copiante de música que habia sido corista hasta los cincuenta años en muchos teatros extranjeros, sin encontrar en ninguna parte, como le decia el dentista, la honradez de canto que en España.

Toda esta gente estaba en aquel café hasta las dos ó las tres de la tarde, y volvia unos antes y otros despues, hasta muy tarde por la noche. Mi padre se acostumbró á ir allí, y bien pronto lo olvidó todo en aquel círculo de amigos, que pasaban su tiempo olvidando sus penas y soltando una cana cada dia, á favor de una mistura que bebian, que les hacia hablar con gusto y con calor de cualquier cosa, aunque siempre con decoro, porque hacia allí su oficio la educacion de los militares de graduacion, que eran tres con mi padre. Se cubria seis ó siete veces todos los dias la mesa, de vasos llenos por mitades de agua caliente y de vino del mas barato: sacaba el dentista un pomito del bolsillo del reloj, que le servia para esto, y echaba en cada vaso unas gotitas de un líquido de color de naranja, muy encendido; y con esto, aquel vino malo, mezclado con agua, cogia tanta fuerza, y un sabor, aunque no bueno, tan picante, que se convertia en una excelente bebida espirituosa. El dentista ejercia gran influencia en el corro, y este era el premio del gran servicio que hacia, proporcionando á sus amigos el placer de rejuvenecerse con un licor eficaz, que no les costaba mas que tres ó cuatro reales diarios, á escote entre todos los compañeros. De cada pieza de dos cuartos se le rebajaba además al dentista un ochavo, y con esto decia él que aun le sobraba dinero para la confeccion de su portentoso









UN RECUERDO (1).

Era una de aquellas hermosas noches en Inglaterra, cuando en el mes de agosto nace el crepúsculo de la mañana casi envuelto entre los tibios colores del de la tarde. Tenia lord Ruthwen su quinta á algunas millas de Londres: habia conocido intimamente á mi padre en la guerra de la Península: yo estaba emigrado, y en la estacion del campo habia dejado la capital para acompañarle en su elegante retiro campestre. Paseábame, pues, al margen de un rio, que rodeando acá frondosas islas pobladas de cisnes y acullá despeñándose formando vistosas cascadas, ora mansa, ora precipitadamente, corria por el magnífico parque que fecundaban sus aguas. Estaba yo melancólico, como se exige de un héroe de novela, jóven de veinte años y enamorado romántico.

Miraba el agua que resbalaba á mis piés su corriente: recordaba los años pasados, mi patria, que acaso no volveria á ver mas, y mi buenos padres que me amaban tanto.

Nuestras vidas son los rios  
Que van á dar en la mar,  
Que es el morir,

me decia á mí mismo, recordando los conocidos versos de Jorge Manrique, y luego mi corazón se comprimía y algunas lágrimas abrasaban mis ojos,

Contemplando,  
Cómo se pasa la vida,  
Cómo se viene la muerte,  
Tan callando!

y temblaba por la vida de los míos, que á tantas lenguas de mí se acordarian del jóven proserito que en tierra estraña solo podia enviarles los suspiros de su corazón, y que acaso no volveria á verlos nunca.

La soledad, el susurro de la brisa que agitaba mansamente los árboles, la templada luz del crepúsculo, el murmullo del agua, y sobre todo mi propia imaginacion, estraviaron mi pensamiento de modo que arrancándome de la tierra me figuraba trasportado de repente á un jardin delicioso en las regiones mágicas de Ariosto.

«Fuera yo un caballero de las edades pasadas, y quién sabe si alguna silla apareciéndose en la enramada, ó alguna ondina, que no deben ser mejos amables unas que otras, me-

(1) Lo poco conocido que es este notabilísimo artículo, por haberse publicado en un periódico antiguo de poca circulacion y muy raro en el mundo, nos ha movido á trasladarle á nuestras columnas, seguros de que nos lo agradecerán nuestros lectores.

ciéndose voluptuosamente sobre las aguas, me acariciaria entre armoniosos cánticos, remontándome á sus dorados palacios aéreos, ó en lechos de espuma me bañaria con aguas aromáticas, hundiéndome con ella en el profundo de este rio, bajo afligridos techos de aljófares y de cristal. Tomáranme quizá bajo su proteccion fantástica, y cuidando de mí como de la delicia de sus ilusiones... ¡Y que no me dejaria yo cuidar, como quien no dice nada, de manos tan amorosas y suaves! yo que de mio soy naturalmente tan amigo de dejarme querer bien de las mugeres que me parecen hermosas. Y cuánto mas siendo ellas ondinas y silfas...»

Miraba yo, mientras esto decia entre mí, á un lado y á otro, como el devoto supersticioso que acaba su súplica, espera en seguida se verifique el milagro.

Las copas de los árboles continuaban armoniosamente meciéndose, la brisa sacudia sus perfumadas alas á mi alrededor, seguian las estrellas su curso, las aguas su camino, y... y nada cambiaba en

la naturaleza. No ha sido esta sola vez la única que me ha sucedido lo mismo.

Y en torno gira indiferente el mundo,  
Y gira en torno indiferente el cielo.

Sea todo por la misericordia divina; pero mas de cuatro



veces hubiera yo vuelto y trastornado el orden de la naturaleza, y habria hecho reir al universo con mi alegría, y llorar á las estrellas, cuya luz no ha llegado todavia á nosotros, con mi dolor, si hubiera estado en mi mano.

Bailad, mortales; regocijaos, globos; brincad como cabritillos, ángeles y serafines, que estoy yo alegre: rasgad vuestras vestiduras, hombres; bramen de dolor tus entrañas, tierra; deshaceos y convertios en polvo, mundos, porque estoy triste.

Así hubiera yo dicho, y ojalá que así hubiera sucedido. Por lo demás, á quien mas y á quien menos, á todos de vez en cuando nos viene el mismo deseo.

Bueno es el cielo de ver, y magnífico pabellon el que desplagan sobre nuestra frente los aires; sabrosa es la luz del crepúsculo, pero cómo gozar tanta hermosura? Con los ojos no basta, con las manos no llego, olerlo y saborearlo es empeño loco, pues cómo disfrutarla, cómo apoderarse de esa belleza que ama tanto el espíritu, cómo guardarla para sí é identificarse con ella? De ningún modo.

Volvamos á la tierra y dejémosnos de devaneos que al fin han de llevarme á una casa de orates. Pero en la tierra nunca sucede nada, nada que mientras está sucediendo traiga carácter de aventura ni nos sorprenda. Pasó ya el tiempo de las aventuras. Yo he salido á los diez y seis años de mi patria, como un segundo D. Quijote á buscarlas, y todavía no he



hallado una que pueda llamarse tal. ¿Dónde están aquellas princesas incógnitas, aquellos tiranos que las oprimian, aquella mano generosa, que cuando el caballero se acostaba pobre en su lecho, venia sin darle cata de ello, y le dejaba debajo de la almohada riquezas, que considerando la codicia de nuestra época, causarian al mas desinteresado corazón no menos sorpresa que gusto por su valor y su abundancia? Ah! esta loable costumbre ha desaparecido, por lo menos desde el tiempo de Lope de Vega, que decia:

Yo finalmente amanecí sin blanca,  
Debió de ser que me acosté sin ella.

Pero, señor, ¿no me sucederá algo raro, algo extraordinario? Maldito siglo XIX, que sistematizando las sociedades has convertido la vida en una continuacion monótona de dias, que unos tras otros pasan sin dejar rastro apenas en la memoria. Ya nada sucede nunca que de contar sea. Hablaba yo en voz alta en medio de mi arrebato, cuando sentí que me tocaban blandamente en el hombro.—Aquí está mi aventura; dije entre mí, y volví azorado inmediatamente. Era lord Ruthwen.

—Su juventud y su poca esperiencia de V., me dijo con mucha mesura y gravedad, porque no ha producido la Gran Bretaña desde el rey Cimbelina hombre mas circunspecto, son la causa única de esas quejas. Niño, en ningún siglo han acaecido tantas aventuras como en el presente; á ningún hombre le ha sucedido todavia lo que á mí, ni hombre nacido ha inventado jamás, ni mucho menos visto nunca, lo que pasó ante mis ojos no há mucho tiempo.

Dijome esto con tono reposado y magistral; en su frente que iba á desvanecerse á la nuca, calva la cabeza como un hueso de marfil pulido, se irritó una vena que sobre el entrecejo le caia, sus ojos prominentes me miraron con tal fijeza que hicieron titubear los míos, y su continente altamente aristocrático-britano, tomando de repente el ademán de un nebráljico, me hubiera hecho temer por él y por mí si despues de un año de trato íntimo no me hubiera familiarizado con su carácter, no sé si me atreva á decirlo, extravagante.

—Y ahora, ahora mismo acabo de hablar con él, le he visto en la quinta próxima, enamorando y galanteando á miss Hershel: prosiguió dándose una palmada en la frente.

—Lord Ruthwen, le dije, esa aventura debe haber sido extraordinaria; no haríamos mal en retirarnos á casa: la noche aunque serena está húmeda, y ya es hora además de tener nuestro rato de conversacion como de costumbre, antes de acostarnos. Venid, y allí despacio y mas cómodamente me





contareis ese tan raro acontecimiento.

—No, repuso, necesito aire, las sienes se me queman... Y la mano estendida, apretábaselas con el pulgar y el dedo del corazon, contrayendo su rígida y nerviosa fisonomía. —¡Agua! Agua en la frente! Amigo mio, continuó enpuñando con fuerza mi mano, es V. muy niño todavía, pero yo necesito desahogarme, y V. es el hijo de mi amigo y merece V. toda mi confianza. Voy á revelar á V. un secreto que si se divulgase, quien no me tuviera por loco me tendria por embustero no conociéndome.

—Vengo de la Biblioteca y no he hallado un libro que me explique claramente la metempsicosis. La he reuuelto toda, he hojeado cuanto en prosa y verso se ha escrito desde Pitágoras hasta el día, y nada he encontrado. Oh! amigo mio, amigo mio, añadió con el mayor dolor, el entendimiento humano tiene límites que no es dado traspasar. Ay del que se empeña en comprenderlo todo y en explicárselo! Mi corazon se ha secado como un arenal y mi imaginacion arde como un papel que se quema sin llama y que entre chispas se va reduciendo á ceniza. Aquí pienso que voy ya á coger la fórmula de la inmensidad, allí la del espíritu. ¡Pobre delirante! Como si hubiera sitio en la cabeza material para que cupiese desarrollado tamaño pensamiento; como si aunque lo hubiera, no me faltasen palabras en la lengua de los hombres para espresar el pensamiento de los dioses.

Oh! mi deseo me abruma, y mi impotencia me desespera. V., hijo mio, no sabe cuán grande es mi dolor. Yo puedo decir contigo, Shakspear.

I have  
That honourable grief lodged here, which burns  
Worse than tears drown.

Las palabras del ilustre anciano revelaban claramente que se hallaba en uno de aquellos accesos maniáticos que mas de una vez, á pesar de mi profundo respeto hacia su persona, me habian hecho asomar la risa á los labios y meditar luego á ratos perdidos, que lo eran casi todos los míos, entre broma y veras, en la flaqueza y miseria de nuestro prójimo.

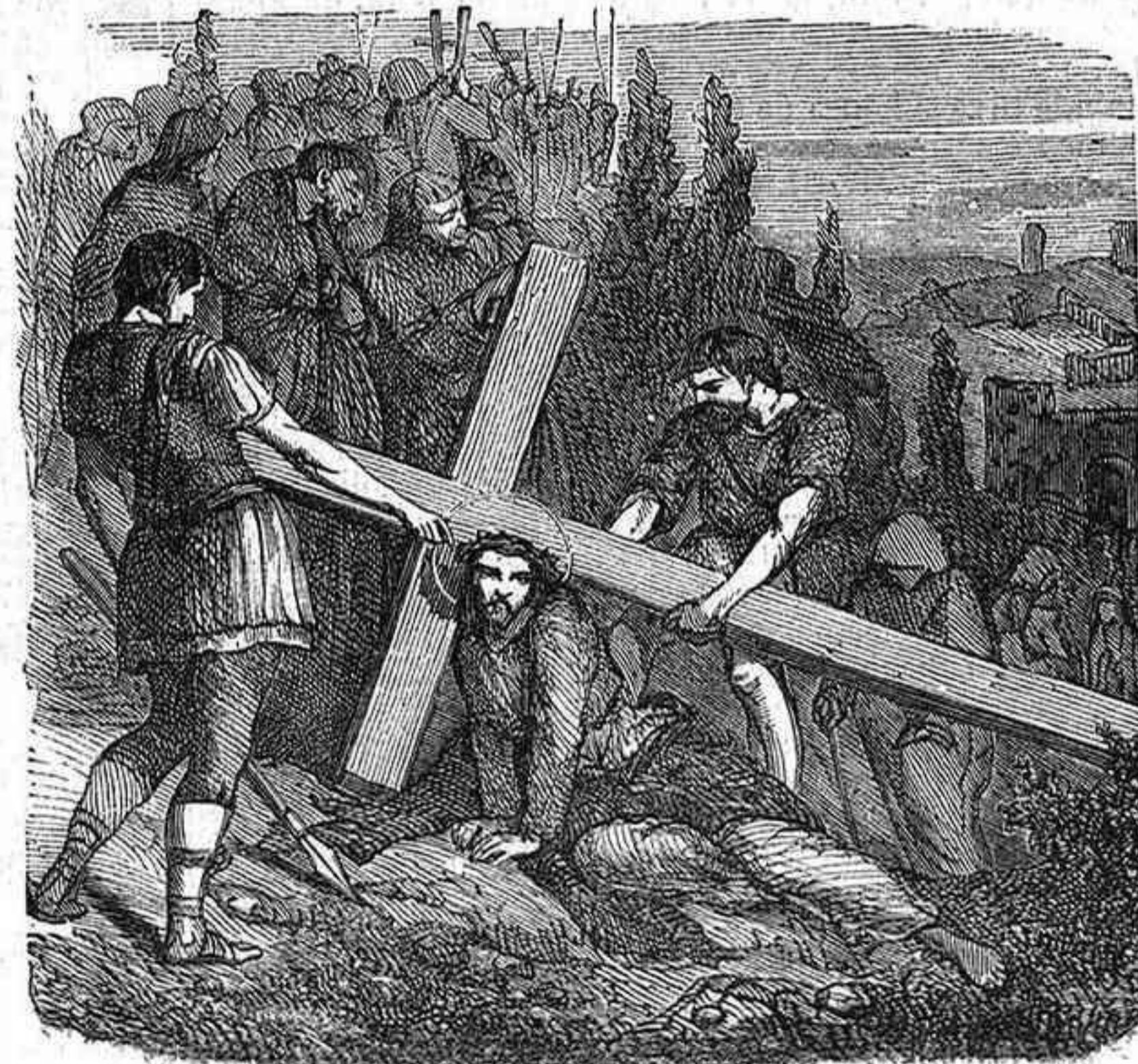
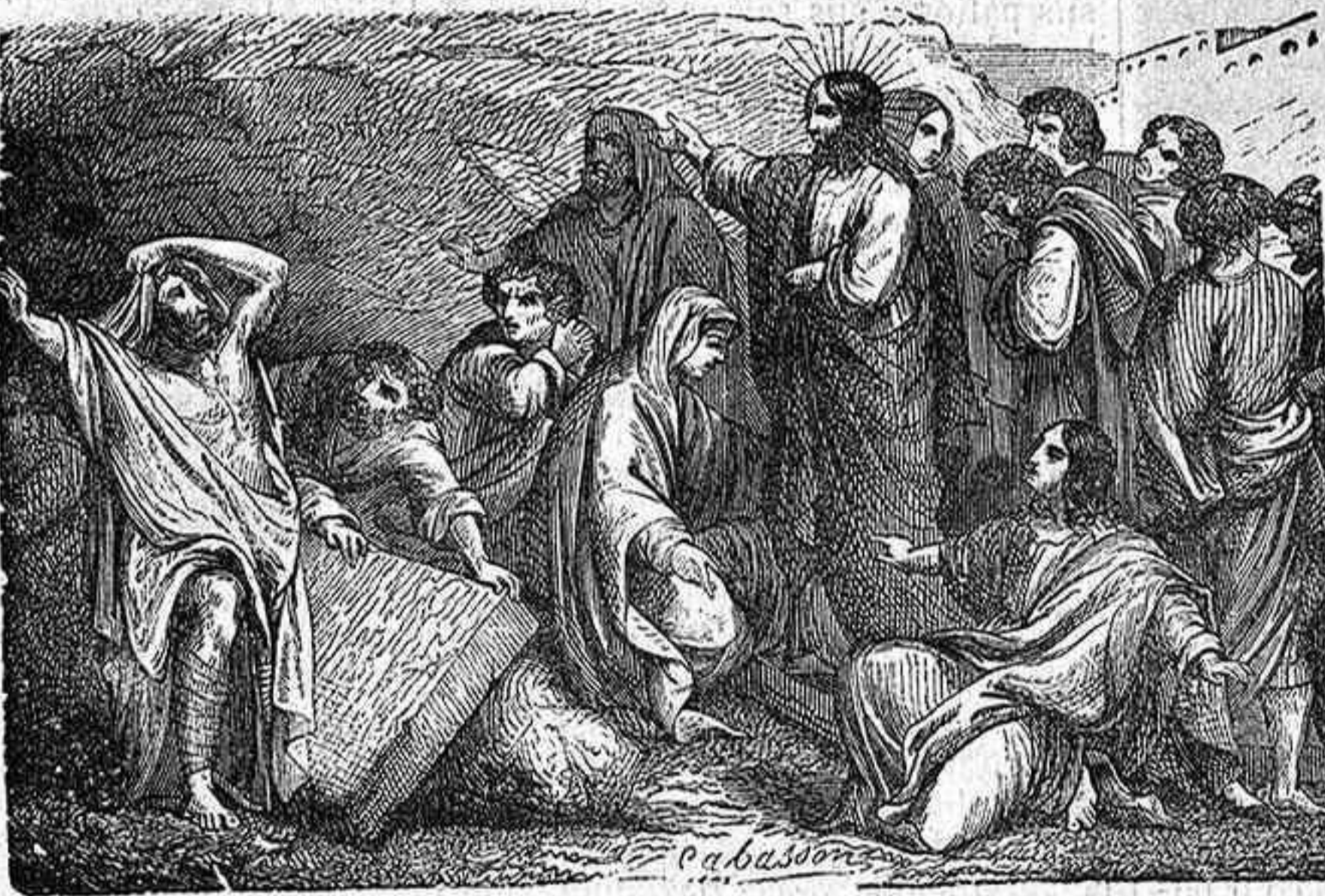
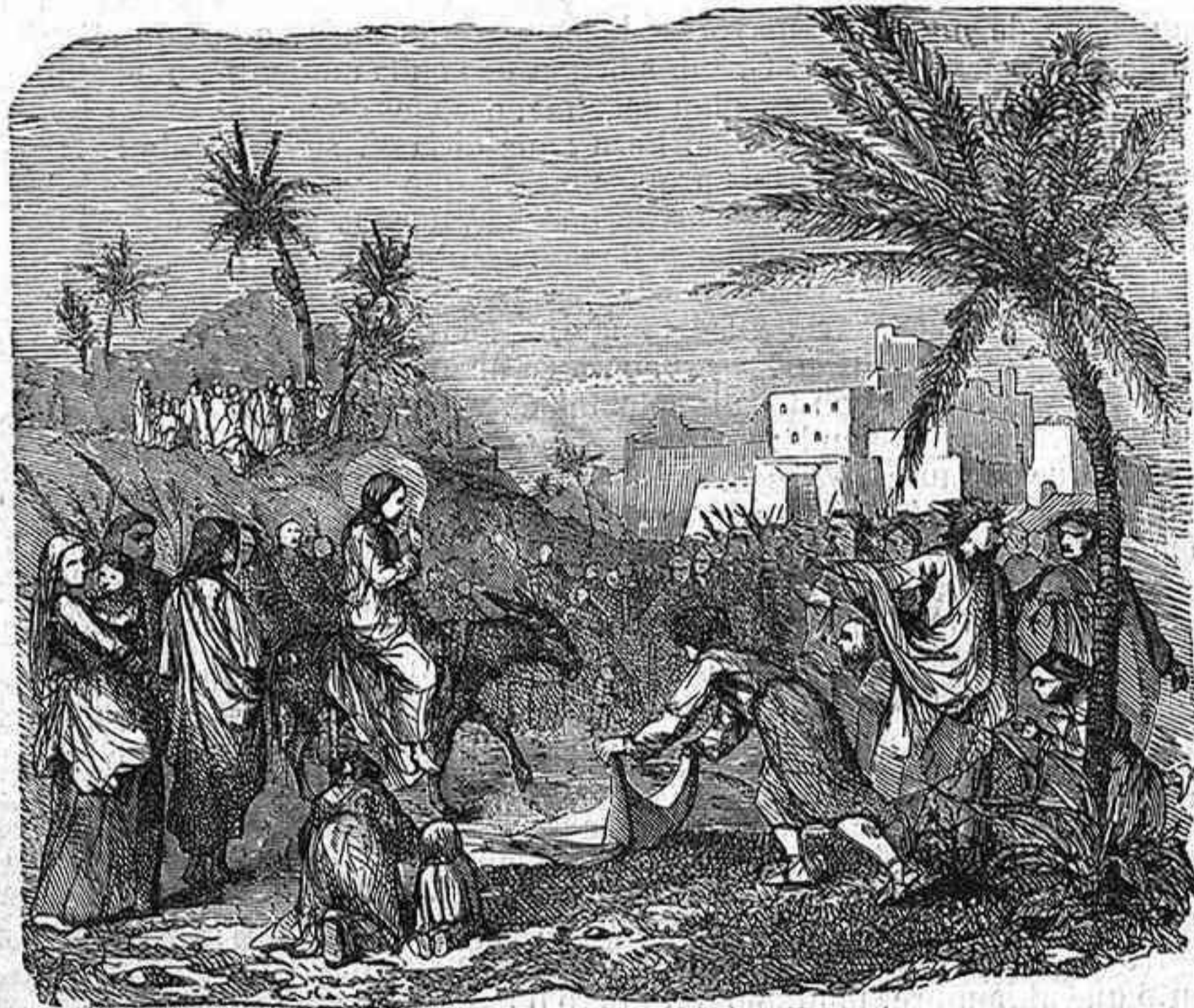
Resuelto á oírle, le invite á sentarse al pié de un arbol, dándome á mí mismo la enhorabuena del buen rato que se me preparaba. Siempre he preferido la conversacion de los locos á la de los hombres de juicio. Enseña tanto como la de estos y fastidia menos. Sentados ya, entreteníame yo en contemplar aquella imagen y semejanza de Dios, grave y metódica en medio de su desvario, que sin perder nada de su varonil dignidad, ofrecia sin embargo á otro semejante suyo, motivos de lastimosa risa. ¡Quién sabe cuánto hubiera hecho reír la vista de los dos seres superiores de la creacion, tan serios y dignos, á otro ente de mas alta naturaleza!

Entonces lord Ruthwen, con reposado continente, y severa, aunque desencajada fisonomía, dijo:

—Platon pensaba, amigo mio, que el alma era una llama encerrada en nuestra máquina material, cuya luz, dando la vida, solia asomar á veces por algunos resquicios, ansiosa siempre de dejar su cárcel, y volar á la inmortalidad. Los mas antiguos filósofos vieron en ella un reo: atribuyéronla el delito de rebelion, y la impusieron castigo. En el *Kathaka Upanishat* de los *Vedas*, dice que el espíritu elige el cuerpo de un animal y...

—Si señor, interrumpí yo, temeroso del torrente de erudicion en que amenazaba inundarme, y de ahí viene la purificacion de las almas, por medio de la trasmigracion ó metempsicosis. Pitágoras adoptó esta doctrina.

—Y á mí, continuó lord Ruthwen, no me queda ya duda de que es cierta. Años hacia que entregado á la lectura de las religiones y de los filósofos, y empapado en sus diferentes sistemas, vagaba mi entendimiento ansioso de resolver sus dudas en la cuestion del espíritu, cuando el raro suceso que he prometido contaros, vino, certificándome de la verdad del sistema Pitagórico, á









# EL ARRULLO.

LETRA DE DON FRANCISCO CAMPRODON,  
SCHOTISCH PARA LECTURA AL PIANO.

*Despacio.*

INTRODUCCION.

**Nota.** Como cada parte se repite, la primera vez debe leerse la línea superior, y la segunda la inferior.

LECTURA.

Sus - pi - ros hay, mu - ger, que a - ho - ga el la - bio en flor, que al - ha - gan al na - cer y es -  
De un va - go de - se - ar qui - zás las ho - jas son, in - quie - to mal - es - tar que o -

SCHOTTISCH.

PIANO.....

- pi - ran sin ru - mor: in - men - sa lan - gui - dez que una mu - ger cual tú la de - be haber sen - ti - do al - gu - na  
- pri - me el co - ra - zon: pues e - se fre - ne - sí sin for - ma y sin co - lor lo sien - to yo pa - lo - ma jun - to á

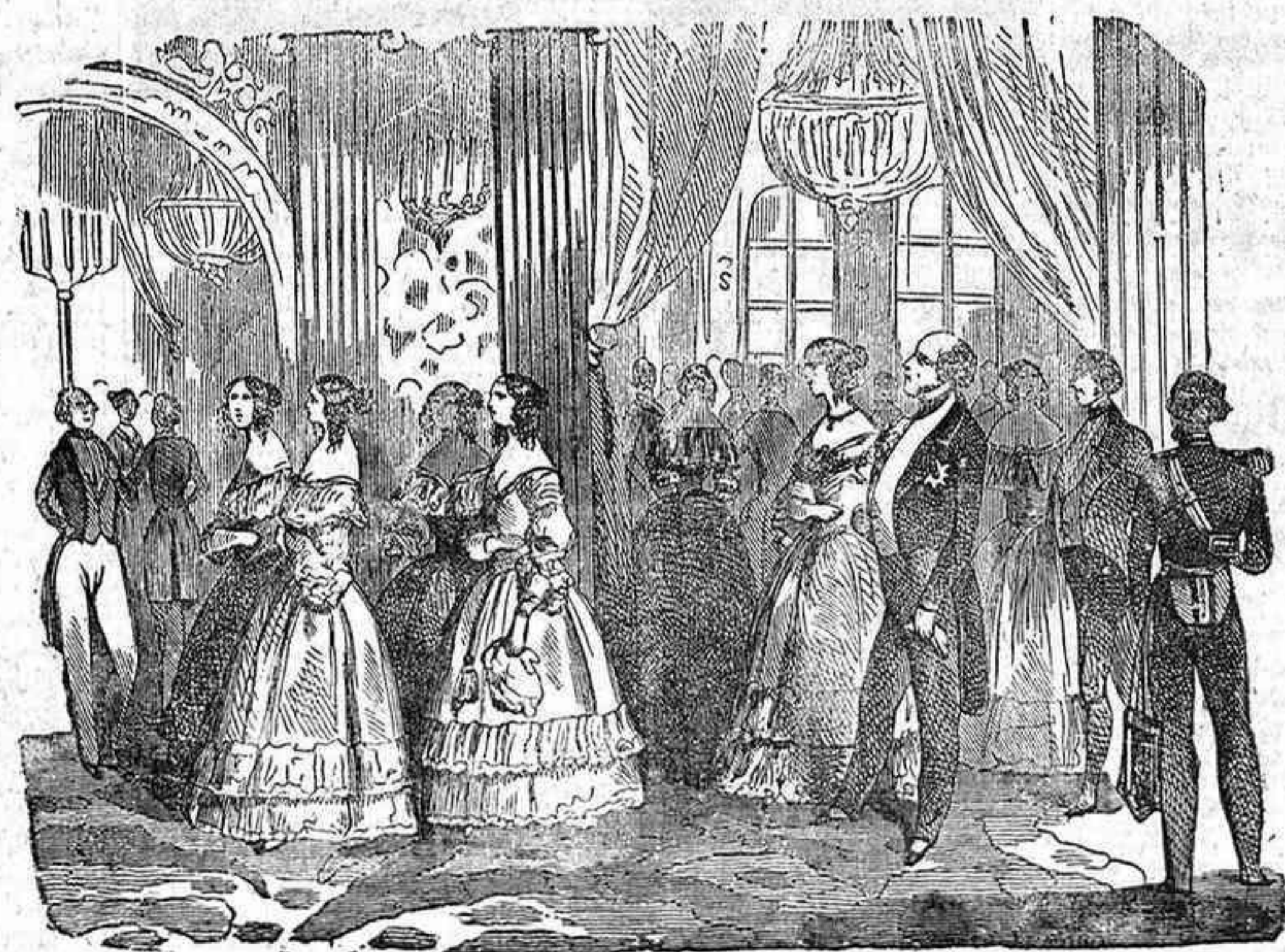


vez. De bri-sas que se van por la la - gu - na á mur - mu - rar del ra - yo tre - mo - lan - te de la  
 ti. Con - tem - plo las es - tre - llas de e - sos cie - los de za - fir, que vier - ten es - pe - ran - zas y con -

lu - na so - bre el mar, el ma - te de esa tez me trae á la i - lu - sion un ba - ño de su mis - ma lan - gui - dez.  
 - sue - los al lu - cir, yo ad - mi - ro su ful - gor mas sien - to jun - to á tí: que el ra - yo de tus o - jos es me - jor.

¿En dón - de es - tá un pla - cer que pue - da com - pen - sar la glo - ria de absor - ver tu lán - gui - do mi - rar? ¿En  
 Los di - as que se van, pa - lo - ma, sin vol - ver nos de - jan el a - fan se lle - van el pla - cer. La

dón - de es - tá una flor que hue - la co - mo un si ba - ña - do en el per - fu - me de tu a - mor?  
 vi - da se va en pos sin ver ja - más lu - cir un di - a de ter - nu - ra en - tre los dos.



La lumbrera apenas tenía ya resplandores, y los candelabros no iluminaban sino á medias el lugar de la escena... Oyóse un golpe en el fondo... Todos volvieron el rostro.

—Es Astasio, dijo el marqués.

—A mí también me honra que pertenezca á nuestra familia el hijo del noble D. Ramiro del Monte. Pero esta guerra que nos amenaza, dijo Doña Elvira, que acaso estalle antes de lo que creemos...

—¡Ah! por su puesto, añadió el marqués, ¡no temais! Así que todo esté tranquilo se realizarán nuestros proyectos; mal se avendrán los aprestos de boda, las caricias conjugales con el rencoroso ardor de la guerra civil y el estruendo marcial de las batallas... Aun tengo esperanza de que se suspenda la fatal Pragmática.

—El reverendo maestro fray Francisco Alvarado, interrumpió un criado anunciando.

—Que entre, contestó el marqués.

D. Diego se inclinó profundamente.

—Os doy gracias, dijo, por la señalada honra que me habeis concedido esta noche.

—Estamos conformes, le interrumpió D. Inigo estrechándole afectuosamente la mano, vuestra será Doña María.

El fraile entró.

—¿Qué hay de nuevo en la ciudad, reverendo maestro? preguntó el marqués.

—Demasiado, contestó el jesuita: el tintorero de la plaza de Bib-al-Bouit, á quien había preso el Santo Tribunal por profesar aun los ritos de Mahoma, al sufrir la prueba del tormento, ha declarado con su hijo el plan de una conspiración inmensa; pero sin señalar precisamente el día en que ha de estallar, y que sin embargo no debe ser muy lejano. Si no estuvieran comprendidos en el número de los que han de servir de espectáculo en el próximo auto de fé, se hubiera intentado arrancarles mas su secreto; pero es imposible: acaso ni aun puedan cumplir sus sentencias, tan mutilados quedaron!

—Dicen, reverendo maestro, que va á estar lucido por demás el auto de fé, interrumpió D. Diego acariciando cuidadosamente su bigote á la borgoñona.

—Sí, sí, contestó Alvarado, eso va á edificar á los moriscos y servirles de saludable ejemplo.

—La ciudad entera asistirá con sus trajes de gala, añadió, el veinticuatro.

—Ha sido una verdadera desgracia no sorprender enteramente sus designios, dijo el marqués, acaso con ello se habrían podido evitar desgracias sin cuento. ¡Cuánta sangre generosa va á derramarse en esta guerra inútil y funesta!

—¿Quién sabe si puede penetrar, contestó el fraile, los designios de la Providencia? Esos descritos quieren seguir pertinazmente en su error, y como Sodoma y Gomorra serán barridos de la faz de tierra.

—Dejando sembrado de sal, yermo y despoblado este hermoso reino, pensó la marquesa.

—Cuando el sagrado pendon de Castilla llame á los fieles para la lucha, interrumpió D. Inigo, cortando una cuestión que asomaba enojosa siempre entre los ricos descendientes de los conquistadores que tenían interés en conservar á los moriscos, y el poder clerical que nada poseía aun con cortas escepciones, y al que enriquecía la proserpción. entonces será la primera que le siga la enseña de los Mondéjar: al sonar el ronco bramido de la guerra no se discutirá la oportunidad de la pragmática, si el honor de la patria... por él deben verter su sangre los Hurtados de Mendoza: suyas son nuestras vidas y nuestras haciendas, que debemos prodigar sin preguntar la razón...

—¡Con que nada mas sabemos sino que estamos amenazados y que debemos dormir al abrigo de las ballestas!...

—Imposible parece que vos, reverendo maestro, dijo Don Diego con acento en que alguno hubiera encontrado algo de ofensivo; parece imposible que vos, descendiente de ese pueblo, no hayais logrado toparos con un delator entre vuestros antiguos hermanos.

—¿Quién sabe! contestó el fraile.

—¿Qué hay pues, interrogó D. Inigo?

—Háme prometido un mozo *gandul*, antiguo monfí, por algunos ducados de oro y la promesa de su perdo, llevarme á un sitio desde donde pueda oír á los moriscos, que se reúnen esta noche, crecidos en número y osadía, en una casa del Albaicín.

—Guardaos, maestro Alvarado, no os lleven á alguna emboscada donde dejéis la vida por vuestro escusivo celo. Esos desgraciados os profesan rencor profundo: dividís su odio con el cardenal, y no habría uno de ellos que dejase de dar cuanto poseyera por tener el placer de vengar en vos los padecimientos de su infortunado pueblo.

—¿Qué es en el mar, dijo el jesuita, una gota de agua desprendida entre su blanca bruma? ¿Qué importa la vida ó la muerte de un oscuro sacerdote?

—Por si acaso, contestó el veinticuatro, no estaria demás que para ayudar vuestros cristianos desvelos, fuesen tras vos algunas docenas de los buenos arcabuceros de Adra!

—Que irian anunciando mi camino por donde quiera que fuese!

Quando los Reyes Católicos entraron en Granada, dieron porciones de terreno á sus principales caudillos. D. Inigo Lopez de Mendoza, primer capitán general del reino, obtuvo no pequeña parte, edificó su palacio en el sitio que hemos descrito, y cerca de él dió á otro Astasio de Bracamonte, como su allegado y favorito que era, una estancia del palacio de los reyes granadinos, y este la legó á su hijo, héroe de nuestra novela, que le había sucedido además en el favor de los marqueses de Mondéjar.

Era esta un pabellón casi aéreo, sostenido solo por las esquinas á las que apenas daban lugar dos estensos ajimeces, y la puerta de entrada. Las ligeras puertas, las aéreas columnas de los ajimeces, el oro y azul de sus paredes de filigrana y su mármoleo enlosado, se oscurecían y olvidaban al estasiarse los asombrados ojos en el Migrab (1) único en España, fuera del de la mezquita de Córdoba, cuyo techo estaba cubado de pinturas y microscópicos dibujos hechos al pincel; visto desde lejos, y abiertos los ajimeces y puertas, creese que lo va á

(1) Migrab. Nicho que hay en el testero de las mezquitas para indicar la posición geográfica de la Mekka: corresponde al altar mayor de nuestros templos.

llevar en sus alas el impulso de la mas delicada oleada del viento: tan aérea y ligera es su figura, tan atrevido el pensamiento que lo creó.

Ese prodigio del arte era la mezquita donde Xoraique, jefe de los Faquies de Granada, se retiraba á orar y á leer en el porvenir consultando el curso de los astrós.

En el año 43 se conservaba aun el edificio; pero mutilado y casi destruido, sus paredes ahumadas ocultaban las esculturas prolijas bajo una inmensa capa de cal, los ajimeces estaban tapiados y abierta una puerta en el Migrab. El amor prodigo del arte lo ha reedificado cuidadosamente, y hoy el viajero admirado, puede contemplarle tal como estaba en el siglo XV (1).

Astasio entró en su habitación, devorado por la fiebre del dolor: aquella noche, al escuchar las palabras del veinticuatro, había conocido que el desventurado y humilde escudero, sin otra fortuna ni porvenir que su espada y su nombre, sin recuerdos, cuya fama no traspasaba apenas mas allá de su vida, amaba con todo el poder de su corazón á Doña María, á la compañera de su infancia, á la hija de sus nobles señores. ¡El había sentido pasar esa gran desgracia ante sí, sin poder combatirla, el latido inmenso de ese amor sin esperanza! y á esa muger, condicion precisa de su vida prometida, á otro de quien no podía arrebatarla. El infeliz jóven estuvo á punto de caer en el suelo casi desmayado.

En nuestros tiempos un enamorado como Astasio, á quien sobraba valor personal, habría retado á su contrario; pero es necesario recordar que él era nada mas que escudero de las cien lanzas de Tendilla, D. Diego Monte veinticuatro de Granada; y que estamos refiriendo á nuestros lectores una historia del siglo XVI y no del siglo XIX.

Astasio abrió un ajimez que daba á un barranco profundo en el que bramaba un torrente... La luna entre nubes alumbró su faz sombría...

Casi á sus pies abrióse con cuidado una rampa, y la cabeza blanca y venerable de un anciano asomó cuidadosamente por ella... Sus ojos, que no habían podido apagar los años, adquirieron un tinte de suave dulzura, solo comparable al amor paternal, al contemplar á nuestro amigo... Despues una tristeza sombría y recelosa se apoderó de él al notar que este tenía los ojos inundados de lágrimas.

Astasio sacó el cuerpo casi fuera del ajimez con resolución inmutablemente fría... estaba suspendido en el abismo... un momento mas, y su mutilado cuerpo sería arrastrado por el torrente que con rumor sordo se precipitaba.

De pronto sintióse detenido bruscamente, volvióse con precipitación, recorrió la estancia con cuidado escrupuloso, y estaba completamente vacía... requirió las puertas y se hallaban fuertemente cerradas...

Al principio lo atribuyó todo al calor de su fantasía, á la calentura que le devoraba... despues pensó si serian ciertos los rumores que corrian entre el vulgo, ganoso siempre de hablar, acerca de la viciosa y relajada vida de D. Diego, que tal vez haría infeliz á Doña María, á la querida de su alma, y la Providencia le avisaba por ese medio insólito que conservase sus dias para velar por su felicidad amenazada.

Entonces echóse el tabardo sobre los hombros, calose un ancho sombrero, y cogiendo la espada, salió á la calle, y á espaldas de San Francisco, llamó fuertemente á una casa de apariencia modesta.

—¿Quién es? preguntó una voz bronca.

—Sancho, soy yo, tu amigo Astasio.

A lo lejos se distinguía una forma blanca oculta con precaución que espiaba á nuestro héroe.

La puerta se abrió.

—Voto á mi patron Santiago, dijo Sancho abrazándole cariñosamente, ¿qué quieres de mí, amigo Astasio? Se ha sublevado el Albaicín? Buena la vamos á tener! Ha llegado al fin nuestra hora? Las cogullas dejarán abierto el campo á las espadas... Guerra leal y noble!

—Nada menos que eso, Sancho, dijo Astasio inclinándose á él y hablándole con voz imperceptible y rápida.

Sancho Camargo le intempró con marcadas señales de desaprobación y de estrañeza.

—Diablo! dijo así que aquel hubo concluido. ¿Y para eso me llamas? ¿Quieres que te acompañe á consultar ese maldecido nigromante?

Ambos entraron en la habitación de Sancho: despues de un rato salieron, pasaron la puerta de hierro y dirigieron sus pasos hacia el Albaicín.

A lo lejos lo seguía con precaución el hombre del blanco ropaje!...

(Continuará.)

## D. MANOLITO EL FILÁNTRÓPO.

(Conclusion.)

—Pues nada, decidete sino por la de las leyes. Por el tiempo se halla en esta el mismo inconveniente que en la de medicina, pero tiene un campo mas vasto para un gran talento. Si por espacio de siete años se halla comprimido, contenido, solo á ir y venir á la universidad, perdiendo en ella dos horas todos los dias, que podia aprovechar muy útilmente, retirado con sus libros en su bufete, tambien en cambio te haces notable entre todos tus compañeros, dándote á conocer á tus discípulos y á tus catedráticos. Es verdad que esto es hijo de la casualidad, porque podrá suceder, como sucede muy frecuentemente, que estes yendo y viniendo, sin que nadie sepa á qué altura se hallan tus conocimientos; con facilidad se puede evitar este inconveniente, si tienes la fortuna de ser recomendado por algun grande ó alguna persona de mucha

(1) Habiendo llegado á esta ciudad en el año 43 el Esco. señor D. Francisco del Acebal y Arratia, lo acompañó en sus visitas á las curias de Granada el señor D. Nicolás Peñalver, tan apreciable por su distinguido talento como por su bondadoso carácter. El señor de Peñalver llevó al viajero á la mezquita que servia entonces de vivienda á una pobre familia. El señor Arratia quiso comprarla, y cumplido su deseo, encomendó la restauracion de esta preciosa antigüedad al señor Peñalver.

Aprovechamos con placer esta ocasion para dirigir nuestros pobres elogios al señor de Arratia y al señor Peñalver: al primero que solo por amor al arte gastó su dinero lejos del pais donde vive, lo cual en España es casi una escentricidad inglesa, y al segundo, á quien el autor de esta obra debe una deuda inmensa, aunque lejana, de gratitud de los primeros años de su adolescencia.

valia en la sociedad, porque los catedráticos no son amigos ni atienden por consiguiente mas recomendaciones que las de los magnates y hombres que tienen presente ó porvenir muy lisonjero. Como no hay regla sin escepcion, bueno será confesar, en honor de la verdad, que hay pocas pero honrosas escepciones en esta regla. Si catedráticos muy dignos del delicado puesto que ocupan tienen la rara virtud de ser completamente independientes, sabiendo apreciar y premiar la inteligencia, la aplicacion y la verdadera ciencia, sin que se incline la balanza de la justicia mas que al lado del saber y del mérito; en cambio, y es lo general, nuestras universidades están adoleciendo del vicio contrario, y causa lástima ver muchos jóvenes de talento poco común y aplicacion estremada, ser postergados en sus notas, en sus atenciones y en sus premios, á otros que solo tienen la cualidad de haber nacido entre ricos pañales, ó haber sido saludados con un título desde la cuna. Aunque al simple aspecto parece de poco valor que seas mas ó menos conocido en cátedra, que saques mejor ó peor nota, no siendo la de réprobo, pues que la ciencia no se aumenta con la nota, puede haber sin embargo notable diferencia para el porvenir de un jóven, y de un jóven pobre mucho mas. Hoy que son tan necesarias las notas de sobresaliente para los grados, puede originar grandes perjuicios la carencia de semejante nota. Como cada ministro haciendo alarde de modestia y de invencion quiere hacernos ver que su talento es muy superior al de su antecesor, y por consecuencia muy capaz de dar un plan de estudios mas perfecto que el existente, de ahí es que salen á luz tantos planes, cuantos son los ministros de Instruccion que se suceden. Las universidades no son hoy mas que un centro de vagancia y de charlatanería, donde sacan mas partido los que mas cortesías hacen y saludan mas humildes con su sombrero en la mano, reflejo vivo y exacto de los grandes defectos de todas las constituciones modernas, y parte de esa gran unidad ficticia, que parece asombrar al mundo, y es como una bola de nieve, que por grande que sea no puede resistir al menor rayo del sol. Oyentes y predicador, maestro y discípulos, ¿dónde está vuestra dignidad y vuestra noble altivez, que el día que entráis dos minutos despues de pasar lista, os llegais humildemente á vuestro jefe, y con una reverencia ridícula vais á decirle: «Mi capitán, hágame V. el favor de quitarme las rayas?» ¿Qué dejais pues para un quinto, para un recluta, cuando no ha estado presente, para decir «V. mande, mi coronel?» Lástima me da ver tan poco aprecio de sí mismo, y de tan poco valor personal. ¿Qué! ¿se educaban así los antiguos griegos y romanos? Los Sócrates, los Demóstenes, los alivos Temístocles y Timones, los Catones y los Julios, ¿recibian y daban así sus lecciones, procurando arrancar de la juventud la savia mas alimenticia y provechosa, la que mas vida y mas honor les daba? ¿Qué hombres hubieran salido de los famosos pórticos de Atenas y Lacedemonia, de las cátedras de Roma, Babilonia, etc., y cómo hubieran defendido su patria y elevádola al mas alto grado de saber, de cultura y de poder, por medio de su ciencia, de su intrepidez en la tribuna, de su arrojo en el campo de batalla, que cada soldado era un héroe, si desde jóvenes les hubieran acostumbrado, por carecer de favor y de proteccion, á pedir dispensas con el sombrero en la mano por el simple retraso de un segundo? Esto no indica respeto, no, no hay que confundir una cosa con otra: yo ignorante quito con mas gusto mi sombrero á un sabio y le hago una reverencia con mas placer que á un emperador; pero si por medio de ridiculeces y de mezquindades hiriera mi dignidad, acaso me atrevería á decirle que tuviera un poco mas de respeto á un semejante suyo, aunque en los talentos no lo fuera. La ciencia no da el privilegio de mirar á los demás hombres como á salvajes ó como á seres de otra especie. Que dejen como en Grecia y Roma la asistencia á cátedra y á oír las esplicaciones de los maestros, á la espontaneidad de los discípulos, que no pasen lista como á quintos, y se verá que llenas estarán nuestras aulas. ¿Con qué valentia han de ir mañana á los escaños de un congreso á defender los intereses de su patria, hombres que están acostumbrados á lisonjear á sus directores? Entiende sin embargo, y esta escepcion ya la he hecho antes, que hay catedráticos muy dignos, á quienes yo saludo y quito el sombrero con el respeto que á un segundo padre; pero estos son muy contados y se hallan mezclados con una multitud de ignorantes á quienes veo que todos dispensan las mismas atenciones que á unos sabios. Vergüenza da ver á mozos de veinte y tantos años postrarse á los pies de un falso idolo á decir: «Señor, pequé; pero no me ponga V. falta.» A esa edad regian ya un mundo Napoleon y Alejandro; y Pit y otros grandes hombres los destinos de grandes naciones. Y sin embargo, esos jóvenes pueden tener tanta ciencia como los que estan considerados como sus maestros. Cuidado que no proclamo la irreverencia y el orgullo, no, quiero que tengan mas dignidad y mas decoro, quiero que tengan en mas el valor de sí mismos, quiero que se aprecie el mérito donde le hay, bien se halle en un hombre de veinte años, bien en uno de sesenta; quiero que respete la juventud á las canas, como lo hacian tambien los antiguos griegos; pero, repito, que esto sea sin rebajarse y con decoro; quiero que se respete al saber, quiero que se aprecie á los catedráticos. Si el gobierno no monopolizara la enseñanza, es decir, si para obtener el título de abogado, por ejemplo, no se obligara á los jóvenes á asistir á la universidad tantos ó cuantos años, ni á pagar tanto ó cuanto de matrícula, ni á estudiar por tal ó cual autor, sino á sufrir un exámen rigurosísimo, hecho por jueces severos, rectos é imparciales, que versara sobre las materias relativas á la facultad, publicadas en un programa, se vería triplicado el número de nuestros grandes hombres y de nuestros sabios. Así no habria necesidad de saber si habia pagado las matrículas, si tenia mas ó menos faltas en la asistencia á la universidad, si habia estudiado por este ó por el otro autor, etc. Se vería solo á la altura que se hallaban sus conocimientos, qué profundidad y qué lucidez habia en sus ideas, y si se hallaba apto ó no para recibir el título; de este modo es bien seguro que los resultados serian mucho mejores, mas seguros y mas satisfactorios para todos los ciudadanos. Puede decirse que de las universidades han salido hombres que han honrado á la humanidad, ilustrado al mundo, como puede atestiguarlo Salamanca y Alcalá; pero con esto no se dice nada, sería lo mismo que repetir y deplorar la falta de las congregaciones jesuíticas por los muchos hombres gran-

des que produjeron; repito que á nada conduce, puesto que lo mismo se hubieran dado á conocer, multiplicándose en cambio los que segun mi método habrian sido saludados como sabios.

Son inmensos los perjuicios que resultan de obligar á los jóvenes á que concluyan todos al mismo tiempo, que la aplicacion vaya al mismo paso que la holgazaneria, que los talentos privilegiados caminen á la par de la estupidez y la ignorancia; quiero tambien darte á conocer que el monopolio, lo mismo en las ciencias que en las artes, lo mismo en los muebles que en los inmuebles, siempre es perjudicial, y siempre da resultados contrarios á los que uno se propone. Se me dirá que aquí no hay monopolio; pero pregunto yo, ¿puede haber un abogado, un médico, un boticario, un cirujano, hasta un alférez, sin haber cursado los años correspondientes, sin recibir el título del gobierno de S. M., esto aun cuando con un talento superior, y haya sido capaz, efecto de su aplicacion, de estar perfectamente versado en dos años, en todas las materias correspondientes á los siete?

—No señor.

Y si entre la clase pobre se presenta un fenómeno, una de esas cabezas singularmente privilegiadas, pero que oscurecidas en el centro de un miserable pueblo de aldea y careciendo de lo necesario para sostenerse y pagar matrícula y comprar mil libros que exigen los reglamentos y mandan los catedráticos; pregunto yo: este talento, esta inteligencia suprema, que podía elevarse á los primeros grados del saber y honrar á la humanidad, siendo ó un Hipócrates, un Pascal ó un Kant, un Plinio un Berceus, ¿podria seguir una carrera sino tenía ni para matriculas, ni para grados, ni para los libros que exigen los reglamentos? porque al fin, si no por estos, podría uno gobernarse con los que mejor le pareciera, con tal que el resultado fuera el mismo. Se me dirá: el gobierno lleno de prevision ha mandado que haya grados gratis para los chicos aplicados que son pobres. Es verdad, pero esto considerado como un premio se adjudica solo á uno, y ¿quién me dice á mí que en una universidad, por ejemplo como la de Madrid, en que se matricula en cada año ciento treinta, y mas aun en algunas cátedras, no hay mas que un chico pobre y aplicado á quien poder adjudicar con justicia semejante premio? Además que caso que así fuera, eso mismo probaria se estaban sufriendo los inconvenientes de tan monstruoso método. Si no hubiera tantas trabas para la enseñanza, muchos seres privilegiados, pero pobres, que se ven hoy en algunos pueblos de aldeas, se hallarian llamando la atencion de una universidad, y conquistando el aprecio y admiracion de los estudiantes y catedráticos, como un preludio de que esta admiracion se haria mañana estensiva á la nacion ó al mundo entero. Bien sé que facilitando demasiado la enseñanza perderian mucho las artes y la agricultura, por ese prurito que se ha despertado hasta en la clase ínfima en dar carrera á un hijo con solo haber hecho cuatro reales vendiendo telas ó cortidos ó jabon etc., sin consultar si tiene ó no la disposicion necesaria para el estudio; pero esto se evita ejerciendo solo una inspeccion sabia y prudente, dejando al cuidado de cada uno la eleccion de libros, sin marcar el número de años, sino estableciendo tribunales de exámenes, anualmente ó de cierto en cierto tiempo, y aquel que fuera apto, expedirle el título, aunque haya estado toda su vida metido en una cabana.

—Pues segun eso, ¿á qué me dedico, qué plan le parece á V. que adopte, qué método sigo, cómo llevaré á cabo el objeto que me propongo?

—Soy de parecer que te quedes en tu casa, que adquieras buenos libros, que estudies mucho, y si el logro de estos te parece un poco difícil y no puedes consultarlos tampoco por no haber biblioteca en tu pueblo, ahí está la mia, elige los que mejor te parezcan, y luego que no les creas necesarios, devuélvelos. Es poco voluminosa, pero escogida: he ido arrancando las hojas que mejor escritas me parecian, las que tenían pensamientos mas sublimes é imágenes mas bellas, y lo demás lo he abandonado como una cosa que para nada vale y para nada me podía servir; creo esto preferible á tener millares de volúmenes y necesitar un salón crecidísimo para ellos. No soy yo el primero que optó por este método. Sea ó no censurable, le sigo, porque me parece el mas cómodo y el mejor.

—Doy á V. las gracias, y será un nuevo favor que tengo que añadir al catálogo de los infinitos que debo á V. Acepto pues, ya que á ello me obliga la necesidad, el amor al público y el deseo de saber. Sin embargo, si á V. le parece voy á elegir los que traten de política, de diplomacia; voy á dedicarme á esta ciencia, puesto que no es necesario para ello asistir á la universidad y pagar matriculas, ni estar sujeto á plan de ninguna clase mas que el que uno quiera imponerse: deseo leer las historias de las revoluciones, ver aquí las personas, comprender su carácter, sus instituciones, sus doctrinas, examinar la aplicacion que pueden tener en mi país, para de este estudio deducir yo y poner en práctica las teorías que me parezcan mejores y de mas útiles resultados.

Tambien desearia que me remitiera los periódicos despues de leídos por V.: creo que me sea provechoso observar sus cuestiones, su objeto, sus tendencias: estudiar su método de vida, sus planes de campaña, sus maniobras, sus combates, sus emboscadas: contemplar su crudeza en la pelea, su generosidad en la victoria: ver si se tratan como salvajes ó como hombres civilizados: en fin, sacar consecuencias de su constitucion, para yo decidirme por los principios que mas sabios me parezcan. Como les supongo llenos de vida y de animacion, y creo que tengan la libertad suficiente para respirar, para dar todo el ensanche que quieran á sus pulmones, y vivir con los mismos derechos, las mismas libertades, las mismas garantías, dando por supuesto que la lucha será igual, y que si á uno se le concede el derecho de sacar á la palestra toda clase de armas lícitas, no se le nieguen al otro; si uno sale al combate adornado de armas brillantes con temple finísimo, y armado con casco y coraza, no se le negará al contrario la libertad de elegir las que mejor le parezcan para su defensa. La guerra del periodismo es una imagen viva de la guerra de sable y fusil: como en ella hay luchas personales de cuerpo á cuerpo, hay combates, hay batallas decisivas, hay emboscadas, hay asaltos, hay traiciones, hay golpes de estado, hay defeciones, destituciones, hay tambien generales, brigadieres coroneles, capitanes, alféreces, sargentos, cabos; tampoco les faltan espías, ni trompetas, ni tambores; en fin, un cuerpo

idénticamente constituido que el de guerra. El periodista es la cabeza de la nacion, el militar los brazos, y cuerpo y piés el pueblo, comprendiendo así aristocracia y democracia.

—Se conoce que eres joven, que como tal tienes ilusiones, que no conoces el mundo, ni menos á los que su buena ó mala fortuna ha colocado en los primeros puestos de sus respectivas naciones. Por puro patriotismo, por amor á sus semejantes, pudiera decirse con verdad que nadie reina ni gobierna; pero como yo no me atrevo á tanto, me escudaré con la maxima sabida de no hay regla sin excepcion, con esto todo el mundo se creará fuera de esta alusion. Los gobiernos, á imitacion de los antiguos señores feudales, que tenían el derecho de vida y muerte sobre los colonos de cierto territorio, y que mandaban colgar en los fosos de sus castillos á aquellos que se atrevian á importunarlos cuando muéltamente tendidos se hallaban descansando de las arbitrariedades del día anterior; se abrogan tambien el poder de castigar (no me atrevo á mas) á aquellos que tienen la osadia y la audacia de recordarle sus deberes, y de clamar como es justo por la defensa de sus derechos mas santos y mas sagrados.

—Si; pero hoy ya no hay lugar á esos temores: tenemos una constitucion que nivela los derechos de todos los ciudadanos, que hace responsables á los ministros: y aquella igualdad y esta responsabilidad, junto con los periódicos áncoras de salvacion comun, sostenes del órden público, garantías de la constitucion y de la libertad, son las rémoras que los detienen, y por consiguiente no se atreverán á entregarse á la arbitrariedad por temor de ser censurados muy amargamente y desprestigiados por un poder tan grande y tan temible como es el periodismo, y cayendo por tierra con sus principios y sus instituciones.

—¡Ja, Ja!, me rio de tu candor y de tu inesperienza! ¿Pues qué no sabes que esos pomposos artículos de la constitucion son letras muertas? Me rio yo de la libertad de imprenta; es verdad que hay libertad para censurar los hechos de todos, menos los de los ministros, los consejeros, los capitanes generales, los gobernadores, y todos, todos los empleados, con sus ascendientes, descendientes y colaterales hasta el décimo grado, incluso los amigos de sus mugeres, porque á estos sobre todos no hay que tocarlos. Si las ilegalidades de toda esta santa congregacion llegan hasta el infinito, calla, pues, y sufre, no les irrites, no sea que pongan en tus labios una mordaza, y todavía no se contenten con esto. Para los periódicos independientes, para esos que siendo muyceños de los derechos é intereses de sus conciudadanos, no vacilan entre dejar de existir y denunciar á la opinion pública los abusos de mil géneros que se cometen, para esos están reservados como recompensa el descanso en los sótanos de la Aduana, las multas impuestas por un tribunal establecido por aquellos mismos cuyos abusos se denuncian. Puedes deducir por esto que imparcial y que justo será semejante tribunal.

—Segun eso, carecemos de libertad para manifestar con franqueza nuestras opiniones, carecemos del derecho de quejarnos, caso que nos creamos ofendidos en nuestras personas ó en nuestros mas caros intereses!

—Claro que sí; y como he dicho, no te queda mas recurso que sufrir y callar, á no ser que seas empleado, pariente ó amigo de alguno de los ministros, que en este caso, aunque tus acusaciones no sean de las mas justas, es bastante para que te se conceda un duplo de lo que pides.

—Pero me choca mucho que habiendo parlamentos puedan existir ministerios de esa clase, porque es bien sabido que estos no pueden vivir sin tener mayoría de votos en aquellos, y no concibo cómo un ministerio que comete anomalías de todo género y arbitrariedades de toda clase, cuente con el apoyo suficiente en las Cortes.

—Pues nada mas cierto que eso; las elecciones son hechas á gusto de ellos; y como no hay libertad para emitir su voto, puesto que la mayor parte de ellos son empleados, y les ponen en la alternativa de dar su voto á un candidato del gobierno ó perder un destino, claro está que los que no tienen mas que su sueldo para vivir, no se hallarán perplejos mucho tiempo. A esto se agrega el que la ley electoral escluye de la facultad de votar á todos los que no tienen la renta suficiente que ha establecido el gobierno para poder hacerlo, viéndose tambien en esto la arbitrariedad, pues se valen de argucias de muy mal género y de mil abusos para quitar el voto á muchos que pasan de la cuota asignada, pero cuyas opiniones están consideradas como contrarias al gobierno, concediéndole en cambio á otras que no llegan con mucho á la cantidad señalada, teniendo tambien otras incompatibilidades, pero que son admitidos porque les son favorables.

—Mucho me temo que el espíritu de partido no obligue á V. á ser injusto. Yo creo que esas ilegalidades, esas infracciones de los mas santos principios, esas vejaciones, esos atropellamientos y esos actos arbitrarios y neronianos de que se quejan todos los periódicos liberales y los hombres que vienen de las ciudades, no sucedan mas que en los puntos donde ejerciendo los gobernadores y el ministerio una inspeccion minuciosa y dictatorial sobre los alcaldes, les obligan á comportarse de ese modo para que la eleccion no sea dudosa y triunfe el candidato ministerial; pero en las aldeas, en nuestros pueblos, donde todavía no han cundido la division de los partidos políticos, ni los males que á ella son consiguientes; en nuestros pueblos donde la mejor y mas rica herencia que nuestros padres nos legaron son la probidad y la honradez, la tolerancia en las opiniones y principios que profese este ó el otro particular; el respeto que mutuamente se deben y se profesan todos, en estos pueblos donde la opinion señala el puesto de alcalde á personas justamente apreciadas como provas, tolerantes é independientes; aquí donde los alcaldes ocupan una buena posicion y no necesitan la proteccion del gobierno para vivir; aquí donde la honradez y la veracidad les obligaria á perder mil veces el baston de autoridad antes que consentir una ilegalidad, antes que sancionar un abuso, antes que cometer un atropello; aquí es imposible que haya cundido el espíritu de partido hasta el estremo de volver ciegos é injustos, hasta el estremo de apostatar de los santos principios y bellós sentimientos que sus padres les inspiraron; no, la contagiosa peste de las divisiones políticas no ha llegado hasta aquí por fortuna nuestra, y debemos vanagloriarnos de ser aldeanos, solo por poder proclamar á la luz del sol, y en voz alta, que nuestros corazones y el de nuestros alcaldes se hallan libres de influjo tan pernicioso, de peste tan terrible,

que nos conduciria irremisiblemente á la arbitrariedad, al abuso, al odio y á los malos efectos que son consiguientes á las fracciones, á las divisiones, y á la proclamacion de distintos principios y de diversas ideas.

—Vaya, voy viendo que efecto de tu candor y de tu buena fé, olvidas pronto los hechos que tienen lugar en tu pueblo, y las cualidades de los señores alcaldes que les rigen; ¿pues qué no sales que efecto del monstruoso sistema de centralizacion, el gobierno ejerce una inspeccion minuciosa y un dominio supremo, absoluto, hasta sobre el alcalde del pueblo mas miserable, hasta en sus hechos mas insignificantes, y que este no hace ninguna cosa, no da ninguna disposicion sin consultar con el gobernador, y este con el ministro, y que aquellos por un exceso de servilismo muy criminal, llevan sus actos y sus disposiciones por complacer á estos señores, mucho mas allá de lo que estos se atreverian á exigir? ¿Qué! ¿no tienes presente la arbitrariedad é injusticia del alcalde de tu pueblo, cometida en las elecciones del año 50 con un joven abogado, que entonces era secretario escrutador, y que hoy es uno de los jóvenes de mas capacidad de todos los de la provincia, y acaso su mas rico tesoro, cabeza privilegiada, raro talento, y que como el sol, no aguarda mas que ciertas nubes se despejen del horizonte político, para difundir sobre la tierra con entera libertad, la hidalguia de sus principios, la santidad de sus doctrinas y la brillante luz de sus sublimes concepciones? Y para que tus ilusiones caigan por tierra completamente, será bueno advertirte, que dicho alcalde tiene los suficientes intereses y las suficientes rentas para conservar una posicion independiente, para presidir una mesa con decoro é imparcialidad, para mostrarse digno de los loables principios que antes decias nos legaron nuestros padres, para perder la vara de alcalde antes que cometer un abuso; pero, amigo, hoy día está tan maleada la sociedad, se halla tan corrompida, que tanto en las ciudades y en las villas como en las aldeas, no se ve mas que servilismo puro, arbitrariedades y vejaciones, y mil abusos que los llevan al estremo, creyendo que de este modo agradan mas á sus jefes y adquieren mas méritos: si necesitan el destino para vivir, ó creen indispensable un servicio para mañana subir dos escalones mas, cometen injusticias; si por su riqueza y buena posicion, como el dicho alcalde, no necesitan mas que honores; si ocupan destinos de categoría para favorecer á sus parientes, y presentarse orgullosos al público con el brillo que da de sí el baston de autoridad, se entregan tambien á los excesos de sus caprichos y de sus tropelías, creyendo de este modo complacer mas, adulando bajamente á los primeros jefes del estado despues del soberano. Por consecuencia, esa probidad, esa honradez y ese desinterés que tú buscas, se marcharon con nuestros padres, pertenecen á la historia, á no ser que nos les manden con la vuelta del partido político mas justo, mas liberal y mas conforme con las santas doctrinas de Jesucristo.

Pues ahora mas que nunca es cuando yo deseo dedicarme á la política, y confiando en Dios, en mi decision, en mi saber y en mi constancia, espero contribuir á mejorar las instituciones de mi país.

Vi cruzar un gesto de desconfianza y de incredulidad por el rostro de D. Francisco, y me retiré reflexionando sobre las buenas intenciones, y la mezcla de ciencia y del poco conocimiento de mundo que habia en D. Manolito, no olvidando su exceso de amor propio; y me halló esperando el día de la redencion; para entonces, caros lectores, que por fortuna tendremos mas libertad, juzgar la rectitud de intenciones y el profundo saber de nuestro D. Manolito.

Hasta entonces se despide vuestro. etc.

LEON V. BUSTAMANTE.

## CARTAS A UN HOMBRE.

CONSUELO.

Yo tambien estoy solo, absolutamente solo; pero no se fijan mis ojos en el minuterio de un reloj, espiando los pasos del tiempo, ni da el de un convento de monjas la una: esa hora fatídica de la noche que creen los espíritus débiles la de los espíritus malignos. Sé que son las doce del día, porque el sol media su carrera y caen sus torrentes de luz sobre las montañas de hielo, que se trasforman en gigantes moles de topacio. En torno mio revolotean mariposas de gayos colores: si una de ellas me diera sus alas, volaria hasta tí para conocerte y contemplarte, porque ni puede mi voz cruzar los espacios, ni mi mirada romper las sombras de la noche. Solo la voz de Dios retumba en todos los ámbitos de la tierra, eco del trueno que arrastra el embravecido huracan; solo la ardiente mirada de Dios cruza de polo á polo, derramando la luz del rayo.

Quisiera llegar hasta tí para fortalecerte y consolarte, por que son ayes tus palabras que llegan á mi oído partiendo del fondo de tu corazon. ¿Por qué está tu frente marchita? ¿Por qué están tus ojos apagados? ¿Por qué tu pobre corazon quiere estallar dentro del pecho? Me has entristecido trazándome el lúgubre cuadro de tu angustia, que apenas comprendo; y se marchita mi alegría al contacto de tu dolor, como se marchita una rosa al contacto de vil oruga. Yo he pensado muchas veces; he visto tu rostro como tú has imaginado el mio, y siempre he puesto la inspiracion en tu frente altiva y despejada, en tus ojos grandes y radiantes. He creído siempre que tu corazon debía latir apresurado como el de Alejandro en Arbelá, como el de César en Farsalia, como el de Pindaro en los certámenes olímpicos; pero nunca lo he juzgado oprimido. O me engañó mi presentimiento, ó ahora me engañan tus palabras... Pero no, ni me engañó mi presentimiento ni ahora me engañan tus palabras; yo te he visto tal cual eres aisladamente; tú te juzgas fija la vista sobre tu posicion en el mundo.

Ni me has visto, ni me has oído, ni has respirado en una atmósfera formada por mi aliento; pero no te alijas por ello, mas adivinado, que es mucho mejor. Ese trono de rizadas espumas que has puesto á mis plantas, es la blanca alfombra que se pisa en la mansion en que yo habito; la cándida túnica que me has dado, es el símbolo de mi pureza, mas limpia que el claro cristal que sacó la vara de Moisés de la dura roca del desierto; y el velo de gasa de plata tendido sobre mi rostro hermoso, la expresion poética de mi modestia y mi candor. Me estoy pintando tal cual soy. No sé si esta casta franqueza pasará en tu mundo por pretenciosa vanidad; pero en el mundo en que yo habito se rinde culto á la verdad, y estoy obliga-

da á decirlo, lo mismo en pró que en contra mia. Para decir la verdad siempre, debo darte una buena nueva, que lisonjeará un tanto tu orgullo de adivino. Tengo ojos negros y rasgados; y cuando me miro en una fuente, observo que sonrien mis labios como el bullicioso cristal. Si algun dia te acercas á mí, te dirigiré una de mis mas dulces miradas, una de mis mas halagüeñas sonrisas.

Quizás tienes razon en decir que me has oido en el Paraíso Terrenal, porque en la region en donde moro reina la paz, y en donde reina la paz se encuentra un verdadero paraíso. Pero no hay cascadas de rubíes, ni torrentes de perlas, ni prados de esmeraldas. Hay cascadas de ardiente fé, torrentes de amor que se estienden sobre prados de alegres esperanzas. No penden arpas de coral de mis floridas acacias rosas; pero hay grutas de agua cuajada que repiten la voz humana, los murmurios de los arroyos y los trinos de los ruiseñores, modulándolas hasta lo infinito; y habrás oido mi voz, porque dirijo á Dios mis plegarias, cantando como los pájaros y los torrentes. Si has visto con los ojos del alma la deliciosa mansion de tu ANGEL, si la comprendes tal cual es, no extraño que suspires por ella, porque sobre hermosas cascadas de ardiente fé, se precipitan torrentes de amor, que se estienden por floridos campos de esperanzas.

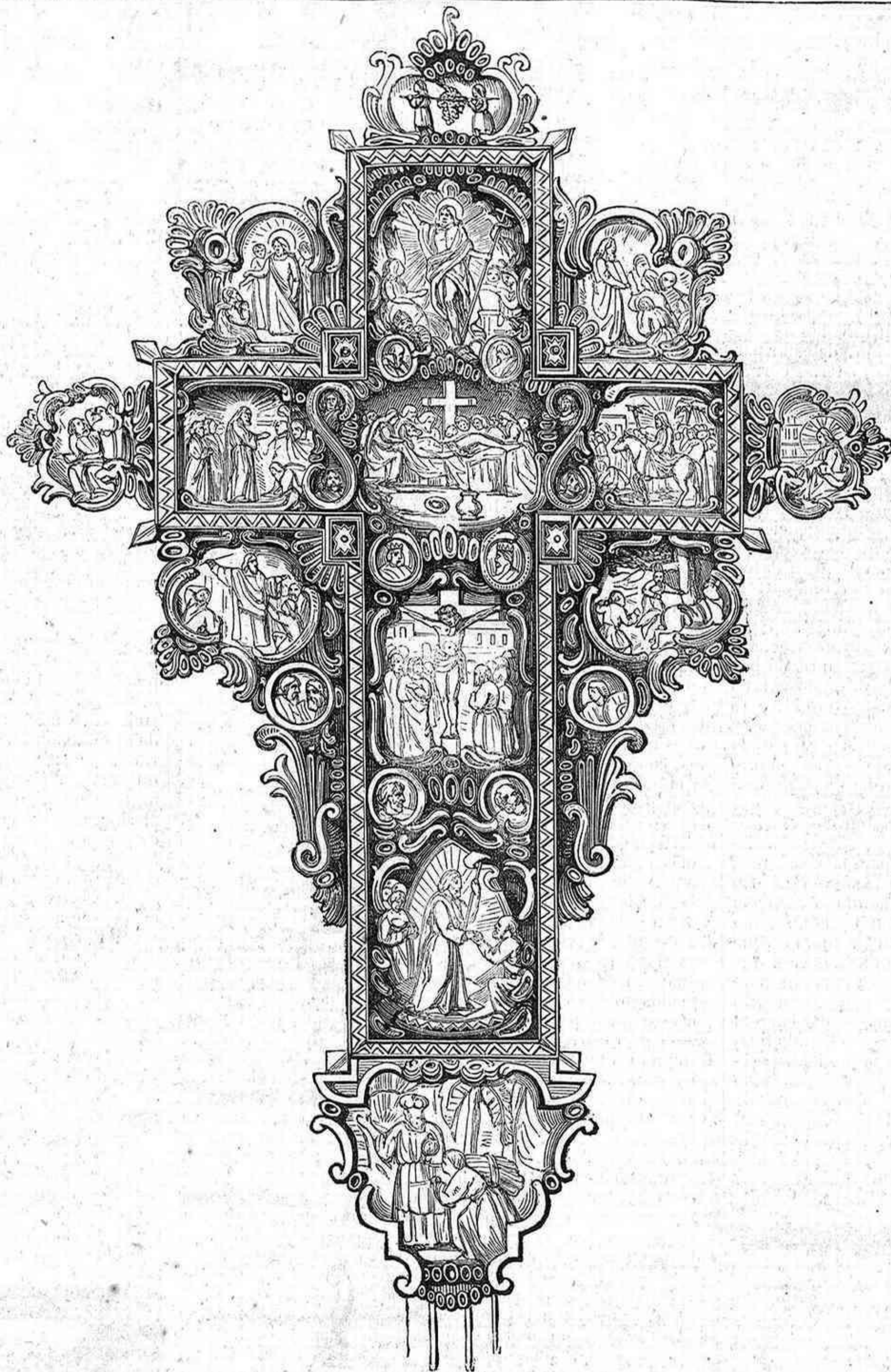
Tú no has respirado mi aliento; ningún mortal lo ha respirado, y es tan puro como el ambiente en que se pierde. En el delirio de tu fiebre, amontonas rosas y azucenas, formas una atmósfera que embriaga, atmósfera en que yo no he vivido nunca, y añades que yo te produje una singular embriaguez. Yo no sé lo que es embriaguez; pero sí puedo asegurarte que si mi aliento llegara hasta tí, sería para vivificarte; para enardecerte, jamás. No has estado nunca á mi lado, y por lo tanto no ha podido enjugar mi mano el copioso sudor de tu frente, ni ensortijar tu cabellera; pero puedes estar seguro de que hubiera enjugado mi mano el sudor de tu frente, y ensortijado tus cabellos. Si hay en tu mundo madres y esposas, habrás visto que las madres limpian el sudor de sus hijos dormidos, y juegan con sus cabellos; habrás visto que las esposas hacen lo mismo que las madres.

No sé por qué me han producido algunas de tus palabras una impresion desagradable, dolorosa; quizás tú mismo me lo esplicarás mas adelante. Oh! aquí tengo la esplicacion. Me dices que en el mundo sólo existen hombres sin fé y mugeres sin corazon. Esto equivale á decir que en el mundo no existen hombres ni mugeres. Permíteme ahora una pregunta: ¿Tienes fé? No te atreves á responderme, porque, si me respondes afirmativamente te contradices, y si negativamente, temes hacerte despreciable. Un momento despues me preguntas:

¿por qué el hombre no cree? ¿por qué la muger no ama?... No quieres que yo te explique este misterio, sin duda porque temes que mi esplicacion te cause espanto; pero yo creo que debo decirte cuanto comprendo y adivino. El hombre no cree, porque la muger no ama; la muger no ama, porque el hombre no cree. Da fé al hombre, y hallarás amor en la muger; da amor á la muger, y encontrarás fé en el hombre; rompe una sola vez este fatal círculo de hierro, y será tu mundo cómo el mio, un mundo de fé, esperanza y amor.

En medio de tantos ensueños, tantos dolores morales, la aguja de tu reloj, marcando una hora mas, te recuerda que han caido algunos granos del reloj de arena de tu vida. De improviso presenta su faz descarnada la idea de la muerte: triste idea, segun tu opinion, para los dichosos; agradable idea para los desgraciados. La idea de la muerte es muy triste: segun mi opinion, para el criminal; muy agradable para el justo. Tú piensas en la muerte sin palidecer ni temblar, y piensas en ella en la soledad y el silencio de la media noche; algo grande, algo noble, algo bueno debe encerrar esa alma que quieres desdoblar ante mis ojos; porque el criminal siempre tiembla al aproximarse á su juez, y el inocente espera el fallo con faz serena y frente altiva. Todos salimos de la nada, pero no volvemos á la nada, que entramos en la eternidad. Vuelve á la nada la materia, vil escoria que desecha el oro, entra en la eternidad el espíritu, esa garza real de hermosas plumas que se remonta á un mundo en donde no hay halcones que la persigan, y el rayo se forja á sus piés.

Confundes, en tu desvario, las ideas de mi hermosura y de tu mente, y quieres averiguar la causa de esta incomprensible amalgama. Preguntas si consistirá en que los placeres ideales, si llegaran á realizarse, sólo podrían durar un segundo; y si estará la perfectibilidad de la vida en el momento de la muerte. Yo apenas comprendo las preguntas que me diriges; pero creo que puede consistir la confusion de tus ideas, en



Cruz de plata cincelada.

que no estamos destinados á reunirnos en el mundo de la materia, en que debe verificarse nuestra union en el mundo de los espíritus, para que se identifiquen nuestras almas. Ese sentimiento, mitad humano, mitad divino, que te inspiro; esa adoracion, mitad divina, mitad humana, que me profesas, tendrán que fundirse; porque yo no puedo partir ese sentimiento multiforme, porque sólo despues que se haya divinizado la parte humana, nuestras dos divinidades podrán formar una unidad.

Pero en tanto que esto suceda, porque yo lo espero y lo ansío, y yo, que no soy ni hombre ni muger de tu mundo, tengo fé y amor para romper ese eterno círculo vicioso que forma la infelicidad humana; tú sufres horrorosamente, y yo quiero derramar sobre las heridas de tu alma el bálsamo de mis consuelos. Si pudiera instantáneamente sacarte del mundo de dudas y de engaños en que habitas, y traerte al mio, que es un mundo de fé y amor, yo lo haría con toda mi alma; pero

que este arte ha adelantado, no sólo en las naciones estrangeras; sino entre nosotros. Preciso es confesar, sin embargo, que los encuadernadores de París llevan grandes ventajas á todos los demás, y que á ellos se deben principalmente esas grandes mejoras introducidas en los adornos de los devocionarios, misales y otros libros de lujo.

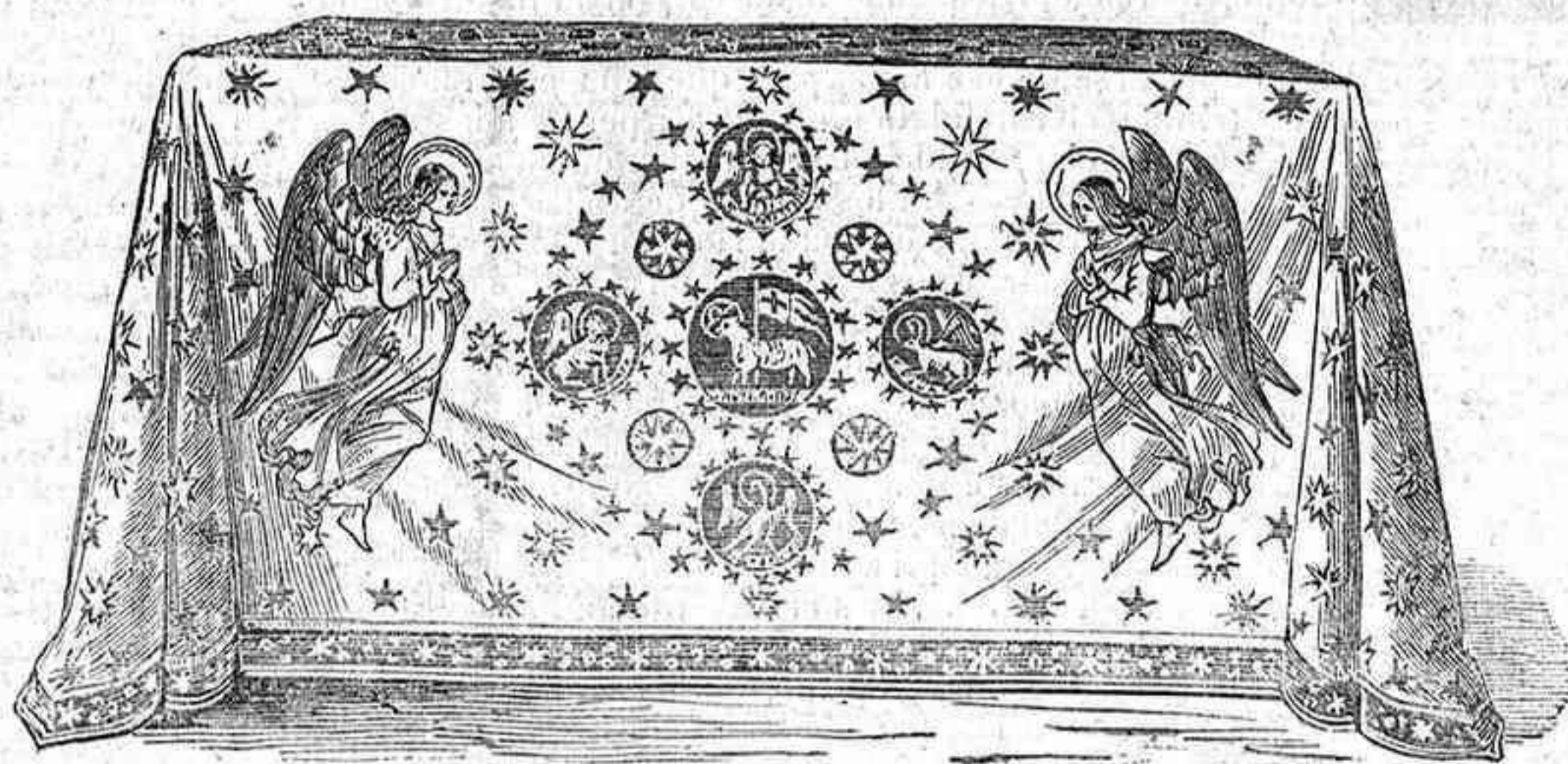
CRUCES DE PLATA CINCELADA

Estas dos alhajas, destinadas para el adorno de un altar, son riquísimas por su valor. Respecto á su mérito artístico deja mucho que desear la finura de sus pormenores. Las figuras representan diversas escenas de la vida de Jesucristo, pero carecen de esa gravedad piadosa y santa, que por lo regular revelan todos los trabajos de esta clase: en una palabra, se ha procurado que hagan buen efecto; y su autor lo ha conseguido.

SABANILLA DE ALTAR PARA COMUNION.

Nadie ignora que el lujo de los templos protestantes no es grande, al contrario, nada iguala á la sencillez demasiado uniforme de esas iglesias de encina, que sólo tienen un púlpito y una mesa, en que se celebra la comunión. Lo único que se exceptua es la sabanilla que se coloca sobre la mesa de altar. Los mejores tejidos de lino de las fabricas inglesas se emplean el dia en que se reúnen los fieles para aquella ceremonia.

M. French, de Boston, es uno de los mas afamados fabricantes de tejidos, y sobresale en los ornamentos para los templos. El objeto que representa nuestro grabado es una muestra de su habilidad. El fondo lo forma el Cordero sin mancha, hácia el cual se inclinan dos ángeles. Parecen sin embargo que los demás adornos no guardan armonía con el asunto principal, y que hay en el objeto una mezcla de sagrado y de profano, que siempre debe evitarse.



Sabanilla de altar para comunion.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PICTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.